

1439.
Concilio
de
Floren-
cia.

concesiones de grado y de puesto; pero las diferencias que se suscitaron entre el concilio de Basilea y Eugenio IV, impidieron que se llevara á cabo nada. Entretanto Juan Paleólogo se divertía en la caza, manteniéndose él y los suyos con el dinero de Roma. Por último, se convocó el concilio en Florencia, donde fueron discutidos los cuatro puntos del cisma, la precedencia del Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, el uso del pan ácimo en la comunión, la naturaleza del purgatorio y la supremacía del papa; y habiéndose convenido acerca de las cuestiones ininteligibles y de las prácticas, Eugenio se obligó á pagar á los Griegos los gastos de su retorno, á mantener dos galeras y trescientos soldados para la defensa de Constantinopla, y diez galeras por un año siempre que fuese requerido al efecto; á excitar á los príncipes europeos para que acudiesen en socorro del emperador, y á hacer que abordasen á Constantinopla todas las buques que trasladaban peregrinos á Jerusalem.

Entonces se ofició cantando el *Credo* con el *fliouque*; pero los abrazos y la reconciliación, falaces quizá por parte de los grandes que habían mediado en aquellos sucesos, debían ser inútiles con respecto al pueblo y al infimo clero, tan ignorantes y fanáticos que mejor se hubieran sometido á Mahoma que al papa. Así es que injuriaron á los prelados á su vuelta, y estos, sintiendo renacer su conciencia ó su orgullo, se retractaron. Ninguno de ellos quiso admitir el patriarcado, y cuando al fin Metrofano, metropolitano de Cizico, lo aceptó, el pueblo se negó á comulgar con él, y habiéndole excolmulgado los otros tres metropolitanos orientales de Alejandría, Antioquía y Kief, murió de pesadumbre. Tres años permaneció vacante la sede, hasta que Gregorio Melixeno fué promovido á ella casi por fuerza.

Al verlos alimentar tanto odio, porque los unos llevaban la barba larga y los otros corta, porque estos consagraban pan ácimo y aquellos pan fermentado, se hubiera creído que eran personas al abrigo de una paz profunda; mientras que por el contrario la cimitarra otomana amenazaba sus cabezas. Amurátes perdonó á Juan Paleólogo el haber solicitado la Cruzada; pero atacó á sus hermanos; redujo á Neri Acciajuoli á someterse, y entró por el hexémilon en el Peloponeso, devastándolo todo: luego incendió á Corinto, se apoderó de Pátras, hizo tributarios suyos á Constantino por la Lacedemonia, y á Tomas por la Acaya, y se llevó sesenta mil esclavos.

Constantino
XII.
1448.

Constantino era el predilecto del emperador Juan, que no teniendo hijos, le destinaba para sucederle, aunque era menor que Adrónica y Teodoro. A pesar de las disensiones continuas, heredó en efecto el título de emperador, y abandonando el Peloponeso á las disputas de los hermanos que habían sobrevivido, se encaminó á Constantinopla. Empleó las pocas riquezas que poseía en granjearse amigos. Quería

casarse con la hija del dux de Venecia; pero los grandes no hallaron conveniente esta alianza, y se prefirió á la hija del príncipe de Georgia, el cual pagó tal honor á precio de oro. El dux no olvidó aquel desaire.

Constantino introdujo la mayor sencillez en la corte; cambió en soldados los siete mil halconeros, y recorriendo el Asia, sujetó al príncipe de Caramania, que se había sublevado: luego construyó en la orilla europea del Bósfora una fortaleza, que correspondía á la que Bayaceto había levantado en la orilla asiática, é interceptaba toda comunicacion con el mar Negro, de donde procedían las subsistencias. Dióla por una alusion piadosa la forma de una M, y empleó en su construcción los restos de los templos y de los palacios, y tan gran número de esclavos que estuvo concluida en tres meses.

Mahomet había prometido la paz al emperador griego, señalándole tierras para que mantuviera ó mas bien guardara á Orkan, hijo verdadero ó supuesto de Bayaceto; pero Constantino cometió la imprudencia de amenazarle con que le soltaria, y entonces Mahomet, no considerándose obligado á cumplir sus promesas respecto de una persona que quebrantaba las que había empeñado, dejó ejecutar incursiones en el territorio griego, y llevar á pastar allí los animales. El emperador prendió á los invasores, y Mahomet, con este motivo, le declaró la guerra, último deseo manifestado por su padre. Constantino, cuyo valor había sido refrenado por las pusilánimes consideraciones de sus ministros, mandó entonces que Constantinopla fuese cerrada para los Turcos, que entraban en ella libremente. Algunos pajes de Mahomet, que se habían quedado dentro, le suplicaron que les cortase la cabeza, si no les permitía volver al campamento antes de ponerse el sol; tanto miedo les infundía su soberano. Constantino los despidió á todos y envió á decir á Mahomet: « Pues que ni los juramentos, ni los tratados, ni la docilidad vuestra tan para asegurar la paz, seguid vuestra marcha: confío en el Señor. Si le place ablandar vuestro corazón, me alegraré mucho; si es su voluntad entregaros á Bizancio, me someteré sin quejarme; pero juro vivir y morir defendiendo á mi pueblo. »

Mahomet mandó fundir en Adrianópolis nuevas piezas de artillería de sitio, bajo la dirección del Húngaro Orban, que había desertado del servicio de Constantino, y entre ellas se encontraban algunas tan desmesuradas, que se necesitaron dos meses, cuatrocientos hombres y sesenta bueyes, para trasladar al campamento una que lanzaba balas de mil y doscientas libras de peso; á lo menos así se expresaron los vencidos en medio de su terror, y los vencedores en su arrogancia. El Turco estableció un puesto de cuatrocientos genizaros para exigir un tributo de todas las naves que pasasen bajo el fuego de sus baterías, y habiéndose negado una de Venecia al pago, fué echada á

pique de un solo tiro: el capitán y treinta marineros que lograron salvarse, fueron muertos ó arrojados á las fieras.

1453

Ardía Mahomet en deseos de tomar á Constantinopla. Á media noche hizo llamar á su primer visir, el cual, creyéndose perdido, le llevó un gran plato de oro. ¿Qué significa esto? exclamó el sultán; « No te pido oro, sino á Constantinopla. ¿Ves estas almohadas? Toda la noche las he estado moviendo de un lado á otro: me he levantado, me he vuelto á acostar; pero el sueño huye de mí. Valemos mas que los Romanos, y con la ayuda de Dios, nos apoderaremos pronto de Constantinopla. » Andaba por las calles de noche para oír á sus guerreros, y conocer sus disposiciones, y no cesaba de examinar los planos de Constantinopla, estudiando los sitios donde debía plantar las baterías y dar el asalto. Finalmente, en el mes de abril de 1453 se presentó ante las murallas de la ciudad con trescientos mil hombres y trescientas naves.

Dentro de Constantinopla no había mas que cuatro mil novecientos sesenta Romanos, y dos mil Genoveses y Venecianos; un escaso número de buques, tanto de guerra como mercantes, defendían la cadena del puerto: tales eran los únicos defensores con que contaba una ciudad de diez y seis millas de circuito. Las súplicas de Constantino no hallaron eco en Europa, cuyos príncipes estaban divididos entre sí, ó disgustados de la mala fe de los Griegos. Sin embargo, á pesar del cisma, Nicolas V trató de reunir fuerzas suyas y ajenas; pero había pasado ya el tiempo en que la piedad y la esperanza de ganar el paraíso excitaban el entusiasmo, y en que los pontífices, en nombre del Cielo irritado, reprendían á los monarcas sus culpas y les imponían como penitencia la obligación de tomar la cruz. Los príncipes de la Morea permanecieron indiferentes ó poseídos de espanto. En la ciudad misma los Griegos odiaban á aquellos Latinos que exponían por ellos la vida, y una misa celebrada por el legado pontificio con pan ácimo y agua fría fué objeto de universal escándalo, y excitó aquel ímpetu de resistencia que se entibiaba ante los peligros de la patria. Así, algunos, so pretexto de ortodoxia, rehusaron prestar ayuda á Constantinopla; muchos otros abandonaron vilmente á la patria, próxima á sucumbir; otros, por último, no quisieron consagrar á salvar su ciudad aquellos tesoros, que hubieran bastado para colocar un millon de guerreros mercenarios entre los baluartes de Bizancio y la artillería de Mahomet.

Solo Constantino XII mostraba el valor y la prudencia de un héroe patriota: ayudado por el Genoves Juan Giustiniani, que mandaba la plaza, se disponía á ilustrar con un fin glorioso los últimos instantes de un imperio, que á lo menos no se desmoronó en la oscuridad como el de Occidente (1). Pero la pólvora empezaba á

(1) Franza, que se halló presente al sitio y que estaba muy

escasear: los cañones eran de pequeño calibre, y no se atrevían á descargar los mayores por medio de que se derrumbasen las decrepitas murallas; mientras que catorce baterías turcas disparaban contra ellas, y aunque mal dirigidas, causaban grandes daños por su número. Los Cristianos hubieran conseguido mayores ventajas en el mar, atendida la superioridad de sus naves y de sus maniobras; pero apenas se presentaron algunos buques genoveses para proteger á la reina de dos mares.

Mahomet II, no pudiendo forzar la gruesa cadena del puerto, recurrió á un medio que se calificaria de fabuloso, á no hallarse atestigüado por la historia; y fué introducir los buques por tierra (1). Está formado aquel puerto de un golfo que penetra entre Constantinopla y Galata, y detras de esta última se elevan ciertas colinas, al traves de las cuales pensó Mahomet trasladar sus naves ligeras, y habiendo comprado la connivencia de los Genoveses, mandó abrir un camino de cuatro ó cinco millas, y poner allí manteca de puerco y rodillos para arrastrar primero y hacer despues que resbaláran ochenta galeras de treinta y de cincuenta remos. Esta admirable travesía se ejecutó en una noche, con todas las velas desplegadas y al son de instrumentos, encontrándose la escuadra griega sapearada de la ciudad atónita. Un éxito tan maravilloso aumentó el valor de los Turcos, que nada creyeron ya imposible, y abatió enteramente el de los Griegos. Giustiniani formó el proyecto de incendiar por la noche aquella escuadrilla; pero los Genoveses descubrieron la trama, y el terrible cañon de los Turcos echó á pique su nave con ciento cincuenta valientes Italianos. Estaban abiertas ya muchas brechas, y agotadas las municiones, sin quedar ninguna esperanza de socorro, y entretanto hervía la discordia con motivo del culto y á consecuencia de las rivalidades nacionales. Mahomet, que degollaba á todos los prisioneros hechos en las salidas, halló por medio de sus observaciones astrológicas que el 29 de mayo era el día propicio para dar el asalto. Los musulmanes se prepararon con ayunos, abluciones y fuegos de artificio: Mahomet ofreció el gobierno mas rico al primero que subiese á la

1453.

bien informado como gran logoteta, es la mejor autoridad que puede consultarse.

(1) Gibbon no recordó otros ejemplos anteriores. Sin hablar de la expedición fabulosa de los argonautas que llevaron los buques á hombres desde el Istro al adriático, vemos en Tucídides (IV, 8), que los Espartanos condujeron sesenta barcos al traves del istmo de Lelicades. Anibal enseñó á los Tarentinos á llevar las naves en carros hasta el puerto. (Polibio, VIII, al fin.) Augusto hizo trasladar una vez las suyas al otro lado del istmo de Nicópolis, y otra vez mas allá del istmo del Peloponeso. (Dion, L y LI.) Cuando los Normandos asediaron á Paris en 861 y 883, arrastraron sus barcos dos mil pasos para ponerlos á flote en el Sena. (Ann. Melenses, apud Bouquet VIII.) El patricio Nicéas, en el siglo X, trasladó su escuadra mas allá del istmo del Peloponeso. (FRANZA III, 3.) Otro tanto hicieron los Cruzados en el sitio de Nicea. Catorce años antes de la toma de Constantinopla, los Venecianos llevaron su escuadra desde el Adige hasta el lago de la Garda; y este hecho, pintado por el Tintoretto en la biblioteca de San Marcos, pudo sugerir á Mahomet la idea de ejecutar una cosa parecida.

brecha, doble paga á los soldados, sin contar los prisioneros y todas las riquezas, reservándose para sí tan sólo las murallas y los edificios; en cuanto á los cobardes, declaró que no se salvarían, aunque tuviesen alas.

Los Cristianos llevaron en procesion á la Virgen María, dirigiendo al Cielo fervientes oraciones: Constantino, habiendo reunido á los valientes, los animó: lloraron, se abrazaron, recibieron el Viático en Santa Sofía y prometieron caer con la patria; valor tanto mas admirable cuanto que era sin esperanza. El ataque empezó á la una de la madrugada con grande efusion de sangre; á las ocho, parte de Constantinopla se encontraba ya en poder del enemigo. Giustiniani se portó valerosamente hasta el momento de ser herido (1); el genizaro Hasan fué quien primero enarboló en las almenas el estandarte de la media luna, y pereció allí. Constantino, que peleaba á caballo y estimulaba á los suyos, viendo sucumbir la patria, gritó: ¿No habrá un Cristiano que me corte la cabeza? Lanzándose en seguida en medio de los combatientes, no tardó en hallar la muerte. Entonces los Griegos emprendieron la fuga, y los Turcos penetraron en la ciudad por todos lados y empezaron el degüello; pero en breve á la sed de sangre sucedió la del botín, y algunos barrios fueron admitidos á capitular. Una poblacion entera, en que la esclavitud habia confundido y nivelado las clases, llenaba el aire con sus alaridos; y mas de sesenta mil, entre ricos, pobres, vírgenes, matronas, monjas, sacerdotes, fueron llevados á los bajeles turcos, vendidos y abandonados á la brutalidad del vencedor. Los buques italianos, que permanecian aun en la cadena del puerto, despues de dar pruebas de valor, se pusieron en salvo, conduciendo á su bordo á algunos de aquellos infelices que los imploraban desde la orilla. Multitud de cuadros y de lienzos fueron quemados y pisoteados, é igual suerte cupo á las bibliotecas, donde se conservaba intacto el depósito del saber antiguo.

La cabeza del heroico emperador, cuyo infortunio es mas glorioso que los triunfos de muchos de sus predecesores, fué clavada en la columna de pórfido, erigida por el primer Constantino á su madre Elena: tres dias despues entró Mahomet en Constantinopla. Admirado de aquella magnificencia, cuando vió el palacio saqueado y contaminado, exclamó con un poeta persa: «La araña ha tejido su tela en el palacio imperial, y la lchuza ha cantado por la noche en los techos de Afrasiab.» En el Atmeidan rompió con su ferrada maza una de

(1) Franza refiere que Giustiniani se retiró entonces á pesar de las súplicas de Constantino que le hacía observar cuán necesaria era su presencia; y añade que buscó un asilo en Chio, donde murió al poco tiempo. Esta cobardía, capaz de deshonorar una vida heroica, es creída sin mas prueba por Gibbon y por otros historiadores; pero conviene reflexionar que el mismo Franza dice que no fué testigo del hecho por haberle enviado el emperador á otra parte: ¿de quien pudo, pues, saberlo?

los cuberos de las tres serpientes que forman la célebre columna, y á los pocos dias inundó aquella plaza con la sangre de los personajes mas ilustres, atraídos por la pérvida promesa de un generoso perdon.

No le quedaba á Constantinopla mas que su admirable posición; pero esta bastaba para que se le prefiriese á Brusa y á Adrianópolis. En efecto, Mahomet, que la llamaba un diamante engastado entre dos esmeraldas y dos zafiros, estableció allí su residencia en la misma colina elegida por Constantino el Grande. Queriendo observar la capitulacion, aseguró á los Griegos sus iglesias, con la facultad de poder celebrar allí sin que nadie los molestase oficios, sacramentos, funerales; é instituyó al patriarca griego, Genadio, entregándole el báculo con los honores de costumbre. Sin embargo, en la parte de la ciudad tomada á viva fuerza, podia proceder á su antojo, y así convirtió en mezquitas las ocho iglesias que se encontraban allí, entre ellas Santa Sofía y desde las torres, transformadas en minarettes, se entonaron cantos de alabanza á Alá y las siete oraciones. Construyó los castillos de los Dardanélos, demolió las murallas de Gálata por el lado de tierra, volvió á levantar los de Constantinopla, poblando su recinto con cinco mil familias musulmanas de Asia; y de todas las ciudades que conquistaba en las extremidades del imperio trasladaba allí obreros y artesanos.

La toma de Constantinopla dió por resultado colocar un Estado bárbaro entre los Estados europeos; pero aumentó muy poco los dominios de Mahomet, que ántes era ya dueño del territorio imperial. El rey de Bosnia y los príncipes de Valaquia subsistian en clase de tributarios suyos; la Moldavia obedecía á príncipes independientes; la Servia obedió á los Brankovitz; Atenas y Tébas á príncipes particulares; Creta, Negroponto y otras islas á los Venecianos; la Morea se hallaba dividida entre estos y Tomas y Demetrio, hermanos del emperador; Ródas pertenecía á los caballeros de San Juan; Chipre á los reyes latinos; Lésbos á los Gattilusi; Cefalonia y Zante á la familia Tocco (1); Caffa á los Genoveses, que la habian quitado en 1406 á los Tártaros; la Crimea á un kan particular; los Venecianos y Scanderbeg se repartian la Albania. Mahomet dirigía la vista á todos estos países, y sin descansar un momento, se mostró digno del título de conquistador (*Al Tatch*) que le habia sido adjudicado.

En la mezquita de Constantinopla se le oyó pronunciar este juramento soberbio, repetido despues en todas las mezquitas del imperio: «Yo, Mahomet, hijo de Amurátes, sultan y gobernador de Baram y de Rachmael, elevado por el Dios supremo, colocado en el círculo del sol, cubierto de mas gloria que todos los

(1) Los condes palatinos de Zante fueron los dueños de la isla, no en tiempo de la cuarta Cruzada, sino como herederos de Margariton de Brindisi (1195), célebre almirante siciliano. Sucedieron á los Tocco.

emperadores, feliz en cuantas cosas emprendo, temido de los mortales, poderoso en las armas por las oraciones de los santos que están en el cielo y del gran Profeta Mahoma, emperador de los emperadores y príncipe de los príncipes que existen desde Levante á Poniente; prometo al Dios único, creador de todas las cosas, con mi voto y con mi juramento, no conceder el sueño á mis ojos, no comer manjares delicados, no buscar nada agradable, no tocar nada hermoso, no volver la cabeza de Occidente á Oriente, hasta que no haya derribado y hecho hollar por mis caballos los dioses de la nacion, dioses de madera, de cobre, de plata, de oro ó pintados, que los discípulos de Cristo han construido con sus manos. Juro exterminar toda su iniquidad de la tierra, desde Levante á Poniente, para gloria del Dios Sabaoth y del gran Profeta Mahoma. Por tanto, hago saber á todos los circuncidados, súbditos míos, que creen en Mahoma, á sus jefes y auxiliares, que si temen á Dios, fundador del cielo y de la tierra, y mi invencible poder, acudan á mí.»

Habiendo reunido de este modo un ejército, quitó á Atenas y á Tébas, juntamente con la vida, á Francisco Acciajuoli; despojó á Nicolas, y á Lucio Gattilusi de Lésbos y de Focea; se contentó con imponer un tributo de doce mil ducados á los dos déspotas de Morea; pero como estos se enemistasen entre sí, invocaron al conquistador, que ocupó el país, jurando por Mahoma, por los siete imanes, por los ciento veinticuatro mil profetas, por su espada, por el alma de su padre, no hacer daño á los bienes ni á las personas, y dejar en clase de custodia (*derbent*) del istmo á un Griego del Peloponeso, costumbre que se ha mantenido hasta la insurreccion acaecida en nuestros dias.

Jorge Scanderbeg, que con el título de soldado de Cristo era el jefe de una liga de los príncipes de la Alta Albania, se opuso á Mahomet con sus intrépidos *miralitas*; y habiéndole enviado el sultan á pedir su famosa espada, contestó que sería preciso mandarle tambien el brazo que la menajaba. Alfonso de Aragon envió en su ayuda á Raimundo de Orlaffa, con gran cantidad de víveres; y Scanderbeg le

mostró su agradecimiento yendo personalmente á libertar á Fernando I de Nápoles, sitiado en Bari. Obtuvo en premio á San Pedro en Calatina, pequeña ciudad de la Pulla, donde se estableció la primera colonia albanesa, y despues á Trani, Siponto y otras tierras del Monte Gárgano. No pudo alcanzar mayores socorros de Italia, que tenia sin embargo tanto interes en sostenerlo. En seguida marchó de nuevo á proteger á su patria, cuyo defensor fué hasta que murió en Lissa. Su nombre resuena en las canciones del Epiro; y era tal la reputacion de que gozaba entre los contrarios, que los genizaros llevaban sus huesos engastados en los anillos. Pero con él desapareció la fortuna

del Epiro, que al poco tiempo se sometió al poder de Mahomet. La caballería de Scanderbeg pasó á servir á Italia, donde se mostró formidable bajo el nombre de *estradiotas*; los ciudadanos que no quisieron sufrir el yugo turco se trasladaron al territorio asignado á su héroe en Italia, y sin cesar llegaban nuevos individuos al Monte Gárgano pidiendo pan, un techo y seguridad para su culto. Se dedicaron al cultivo de aquellas tierras, y sus descendientes conservan aun el idioma nativo, el rito griego, y el traje y los usos nacionales: *danzan* todavía las miserias de su antigua patria, y hubo hasta el tiempo de la revolucion en los ejércitos napolitanos un regimiento real macedonio.

La Bosnia se habia separado de la Iglesia Romana en el siglo XII, volviendo á unirse en 1340, aunque quedaron allí muchos patarinos. Estéban Tomas se habia hecho rey de ella con los auspicios del papa, y pagaba tributo al sultan. Mahomet, á quien este reino impedía invadir la Hungría y la Alemania, atacó al hijo y asesino de Estéban, que abandonado por los patarinos, se rindió al gran visir con la condicion de que se le dejase la vida. Esta restriccion desagradó á Mahomet; en su consecuencia, un mufti persa pronunció un fetwa que le dispensaba de guardar la fe jurada al infiel, y él mismo le dió el golpe mortal.

Ragusa, sometida en otro tiempo á los Servios, libre despues bajo la proteccion ó la alianza de Venecia y de los Húngaros, estaba gobernada por cuarenta y cinco senadores elegidos entre la nobleza, y por siete individuos del pequeño consejo ejecutivo, que presidía un rector mensual. Despues de la batalla de Varna, se resignó á pagar un tributo anual de mil ducados á la Puerta, con tal que no se le arrebatase su independencia. Así subsistió esta república, que dió el primer asilo á los fugitivos de Constantinopla, y luego imprimió la primera tragedia regular, y el primer libro de comercio (1).

Habíase emancipado la Servia de la dominacion griega por obra de Estéban Boislav, que fundo allí la dinastía de los Neemanos. Estéban VIII Duchan (1333-56) dió un código á los suyos (2), hizo tributaria á la Bulgaria, sometió

(1) La tragedia compuesta por Menze, fué impresa en Venecia en 1500; el libro, obra del aritmético Gotugli, fué tambien impreso en Venecia.

(2) Por este código se ve que la nacion se componia del clero, de los nobles y de los campesinos siervos, sin simples propietarios. Prohibe contraer matrimonio sin la bendiccion sacerdotal, prevencion que no existía en la Iglesia ántes del concilio de Trento. El clero está exento de toda jurisdiccion secular. El que persiste en la religion católica, despues de los reiterados avisos del clero griego, es reo de muerte. Los feudos pasan á los colaterales hasta al hijo del tercer hermano, libres de toda carga, salvo el diezmo y el servicio militar. La injuria hecha por un noble á otro, ó á un campesino, se castiga con cien perperos (cequíes); el campesino que injuria á un noble, es marcado y condenado á una multa. Al violador se le cortan las manos y la nariz; á los adúlteros la nariz y las orejas; al que vende un Cristiano para ser trasladado á tierra de infieles la mano y la lengua. El noble que tiene conversaciones deshonestas paga cien perperos; el campesino doce, además de una pena afflictiva; trescientos se pagan por un homicidio involuntario, si es voluntario, se le

Toma de
Constantino-
pla.

Bosnia.

1445.

1463.

Ragusa.

Servia.

1039.

1456-62.

Epiro.

1462.

Muerte
de
Scanderbeg,
1467.
17 de
enero.